

desde el diván

Entre Heidegger y Lacan

Angel Xolocotzi Yáñez

*Entre el hombre y el amor
Está la mujer
Entre el hombre y la mujer
Hay un mundo
Entre el hombre y el mundo
Hay un muro*

ANTOINE TUDAL.

I. Entre el hombre y el amor está la mujer

En el primer verso aparecen ya tres elementos: hombre, amor y un 'entre' entre ambos: la mujer. 'Entre' es precisamente lo medio. En latín 'entre' se indica con *inter*. Es decir, el "medio" de los dos, hombre y amor, su *inter*, el *inter-medio*, lo que separa¹ es la mujer. 'Medio' proviene del latín *medius* que es lo que se presenta entre dos extremos, lo que está en el centro. En el latín tardío se constituyó el verbo *mediare* que pasó a ser 'mediar' y entonces 'medio' adquirió el sentido de "algo" para lograr algo, para alcanzar un fin. 'Medio' entonces también es lo que se *inter*-pone con el fin, lo que nos lleva a él. Es decir, la mujer es lo medio, lo *inter* entre el hombre y el amor, pero también podría ser el medio, en el sentido de inter-mediario, entre el hombre y el amor, es decir lo *inter*-medio

¹ Como cápsula cultural indicaré que en alemán 'entre' es *zwischen* pero del latín *inter* proviene *unter* que significa entre, debajo de, etcétera, y por otro lado *scheiden* es separar, a partir de esto se forma *Unterschied*: diferencia. Es decir, diferencia es lo entre-separado, el medio-separado. Cf. Martin Heidegger, *De camino al habla*, Ed. Serbal, Barcelona, 1987, p. 22.

y el *inter-medio*. De cualquier forma lo que media, lo que está entre.

Ahora bien, a partir del psicoanálisis se sabe que la mujer constituye la alteridad radical del hombre, es el síntoma del hombre. La mujer está castrada de entrada, su ser-mujer es caracterizado con el signo de la falta fálica. Su ser-mujer se constituye como falta, como agujero. Se constituye a partir de la mirada del Otro (de la madre) que mira un vacío, un cuerpo sin sexo.² Al reconocer la mujer que no tiene el falo ni lo tendrá y si seguimos a Freud con su indicación de que la mujer es ante todo narcisista, entonces la mujer puede hacer de su cuerpo un falo y acceder a un plus de goce, a un goce residual. Es decir, al no tener falo pasa a serlo en lo imaginario.

Pero ¿en qué sentido la mujer está 'entre' el hombre y el amor? El hombre por su parte no es el falo, pero reconoce imaginariamente que lo tiene y que lo debe conservar y a partir de ello accede a un goce fálico, es decir, a un goce relativo que pone límites. Ya se ha hablado entonces de plus de goce y goce fálico, conviene aclarar por ello que el goce es algo que se escapa a la conciencia (como también el amor), el goce es la experiencia de la relación con el falo, es decir, con el significante que falta; el goce es, como indica Juranville,³ "verdad fuera del mundo", y por ello entonces está del lado de lo real y lo real es la médula de lo inconsciente, es lo in-significable, lo que no se puede significar, lo que se escapa.

El hombre, al acceder a un goce fálico, accede a un goce limitado. Goce limitado por el placer, en donde se pierde lo que la pulsión intenta presentificar (y gozar), la pulsión busca un objeto y la búsqueda de objeto se da a partir precisamente de la asusencia. En estos intentos de presentificar por parte de la pulsión es donde el placer trata de recubrir esas carencias, limita el goce de la pulsión. Hay que recordar que de entrada hay un objeto perdido, un significante que falta, el cual se constituye como objeto causa de deseo (*cf. infra*). Si se "encontrara" ese objeto perdido entonces hipotéticamente ocurriría otro goce: el goce absoluto, el goce del Otro, que es el goce prohibido: el incesto, la muerte. Por ello se entiende entonces que el principio del placer se opone a esta pulsión de muerte, a este goce

² Cf. Ma. Antonieta Torres Arias, "El derrumbe del cuerpo", *Tramas*, núm. 2, UAM Xochimilco, julio de 1991.

³ Cf. Alain Juranville, *Lacan y la filosofía*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, p. 10.

absoluto y por esto consiste en gozar lo menos posible. Pero entonces puede plantearse que la mujer, al tener un plus de goce presenta una diferencia marcada con respecto al goce fálico del hombre. ¿Goza más la mujer que el hombre? ¿Cómo está estructurada esta diferencia?

Anteriormente se mencionó 'el objeto causa de deseo'. Causa proviene del latín *causa* que tenía el sentido de litigio o pleito judicial, es decir, en el sentido actual de 'llevar una causa'. A partir de esto 'causa' entonces significó 'tener una razón' y en relación al principio de razón suficiente: *Nihil est sine ratione*, se habló entonces de origen en el sentido de fundamento. Es decir, causa se relaciona con un efecto, pero lo que origina a este último es necesariamente lo primero: una causa. En nuestro caso entonces el objeto perdido es la causa, lo que origina un efecto: el deseo; pero conviene aclarar que el objeto causa de deseo es imaginario, no es real, ya que como falo en sí nadie lo tiene.

Ya Freud había hablado de deseo como lo que mantenía en movimiento al aparato psíquico. El deseo es entonces ese 'móvil' que se constituye a partir de una demanda que insiste; hay que recordar que toda demanda es palabra: se entra en lo simbólico. La demanda parte de la necesidad, pero al estar inscrita en lo simbólico a partir del "molino de las palabras", entonces ya no se dirige al objeto, sino que ocurre un corte, la palabra ha separado. Si hemos dicho que el deseo se constituye a partir de la demanda, entonces el deseo tampoco se dirige al objeto, el deseo siempre va a ser un deseo del otro. Pero para poder desear al otro se debe proyectar al falo, al significante que falta, en el otro.

De esta manera se entiende la situación de la angustia, que se presenta en donde falta la falta, y si no hay falta no hay deseo: "la angustia hace patente la nada".⁴

Ahora bien, a partir de todo lo dicho hasta aquí se observa entonces que el hombre tiene un goce limitado en donde el deseo cumple la función de controlar al principio del placer, el cual a su vez limita al goce; entonces se comprende que el hombre permanezca a nivel del deseo. Se comprende por qué hay un *inter* entre él y el amor. El hombre no puede acceder directamente al amor precisa-

⁴ Martin Heidegger, *¿Qué es metafísica?*, Ed. Siglo xx, Buenos Aires, 1987, p. 92.

mente porque imaginariamente cree tener el falo y debe conservarlo, por ello tiene que limitar el goce a partir del deseo. El deseo se constituye como lo más importante para él, como el conservador del supuesto falo. La mujer en cambio se halla castrada de entrada, se halla en la falta, no tiene nada que perder, por ello puede moverse en el ámbito del amor. Por ello la mujer está entre el hombre y el amor.

El 'entre' del poema indiqué que podría tomarse en dos sentidos: la mujer como lo *inter-medio* y como el intermedio, este último en el sentido de intermediar. Es decir, en el primero como lo que ya se indicó: la mujer como alteridad radical y síntoma del hombre. Como aquella que no pierde nada o no puede perder nada en el goce. Aquella que se puede comprometer sin miedo. Por otro lado la mujer también podría ser el intermedio en el sentido de intermediario, el *medium*, entre el hombre y el amor en el sentido de que es la que puede hacer que el hombre acceda al amor *mediante* el hacerle presente a éste su situación fálica, a través de 'recordarle' que acceder al amor implica asumir la castración.

Pero ¿qué es el amor? ¿Qué es esto a lo que el hombre le cuesta más trabajo acceder? El amor es el *medio* para acceder al goce. El amor es permitirse la castración y en ello se halla la facilidad o dificultad de acceder a él. El amor es lo imaginario específico de cada uno. Pero el poeta nos ha ubicado al amor en el primer verso no como lo medio, *el medio*, sino como un extremo, como fin. Pero el poema sigue y pareciera como si el amor fuera subsumido como en una relación dialéctica. Ya no son los extremos el hombre y el amor, sino el hombre y la mujer ¿y el amor? Ejerce su papel de medio. Si el amor se 'realiza' se tapa el agujero de lo real y se asume necesariamente la castración que es precisamente el punto en donde el hombre y la mujer se relacionan, se encuentran. Sólo aquí es que el poeta puede 'equipararlos', relacionarlos, aunque sea nuevamente como extremos y aparezca otro *inter*.

El amor, al ubicarse en el registro de lo imaginario, se ubica en las trampas, en los señuelos, en el tapar lo que no hay. Se constituye como apariencia de éxito, de realización de deseo, y en esa medida se constituye como un decir. Es el encuentro de dos saberes inconscientes, de dos decires 'a medias'. Es decir, el habla desencadena el amor. Ya Heidegger había divisado la complejidad al respecto al indicar que no somos nosotros los que hablamos, sino que "el habla habla". En

psicoanálisis se sabe entonces que somos hablados desde un 'más allá' que nos ubica; de hecho el lenguaje es la posibilidad del inconsciente en la medida en que éste está estructurado como aquél.

Heidegger va a indicar al respecto que en su esencia el habla no es ni expresión ni actividad del hombre, el habla simplemente habla. El habla propiamente se expresa en el poema y el habla del poema es un decir en más de un sentido.⁵ Este filósofo dirá que de hecho el habla cotidiana es "un poema olvidado y agotado por el desgaste y del cual apenas ya se deja oír invocación alguna".⁶ El psicoanálisis plantea la importancia del 'sentido' y de lo 'no-dicho' del habla misma. También el habla en su decir está dirigida a otro, que se constituye como compañero del lenguaje. Hablar es llamar al otro, del que dependemos para vernos, el que nos interpreta, es el que dice que yo digo. De hecho el sujeto será ubicado como un significante para otro significante. El sujeto no es ya un *ego-cogito-sum* sino un *ego-sum-ubi-non-cogito*.

Ahora bien, mencioné que toda demanda parte de una necesidad, pero es mediada por las palabras. La demanda de esta manera siempre es demanda de amor, ésta no se satisface y al insistir se constituye en deseo. De esta forma se ve entonces la relación demanda-amor-deseo-habla: Toda demanda es demanda de amor. El amor como imaginario es la apariencia de éxito de la realización de deseo (el cual encuentra un sustituto solamente en el fantasma) y es el *medium* para acceder al goce, el cual implica asumir la castración que lleva al 'encuentro' *inter-sexual*, al encuentro hombre-mujer. El habla desencadena al amor.

II. Entre el hombre y la mujer hay un mundo

El poeta ahora habla de otro *inter* en donde los "extremos" son ahora el hombre y la mujer. Lo que está entre ellos es un mundo. Ya mencioné que para que se dé el encuentro hombre-mujer se requiere la "realización" del amor. El amor como tal realizado logra la relación

⁵ Martin Heidegger, *De camino al habla*, op. cit., p. 18.

⁶ *Ibid.* p. 28.

hombre-mujer. Pero ahora aparece un mundo entre ambos. Este 'entre' considero que puede verse, como a lo largo de todo el poema, en las dos vertientes ya mencionadas. El mundo es entonces lo *inter*-medio y el intermediario.

'Mundo' tradicionalmente es considerado como conjunto de lo que es (entes) de determinada forma de ser, de esta manera es que hablamos de "mundo existente" o "mundos posibles", pero de cualquier forma 'mundo' siempre remite a 'ser'. Heidegger ya había caracterizado al ser-humano como ser-en-el mundo, es decir, si somos, somos siempre en un mundo. Ahora bien, 'mundo' remite a un sitio, a una ubicación, a un acaecimiento y por ello también puede confundirse con niveles o matices, de ahí que nos expresemos también con las frases: "estás en otro mundo" o "hay un mundo de diferencia". Ya Heidegger nos indicó antes que la riqueza de la poesía se halla precisamente en hablar en más de un sentido, por lo cual la interpretación de 'mundo' en una sola dirección podría limitar su ser-poema, pero para los fines de esta reflexión me limitaré a tomar 'mundo' en el sentido tradicional.

Parecería entonces que visto así nada escaparía al mundo. Pero ya desde hace algunos siglos en la reflexión filosófica algo se escapaba, algo que no era captable en el mundo. Baste mencionar el *noumeno* de Kant o lo no-habla de Wittgenstein. Lacan habla de esto no-significable como de lo real. Es decir, de lo que se escapa al 'mundo' y a la representación. Esto real es precisamente la base del inconsciente. Esto real es lo in-mundo.

Entonces cuando hay un mundo 'entre' no significa precisamente "la totalidad", ya que siempre hay algo que no se deja representar. Lo que está como inter-medio en ambos sentidos es lo captable, lo que aparece, lo que se muestra.

¿Cómo es que el mundo puede estar entre el hombre y la mujer o ser el inter-mediaro? Ya mencioné que hombre y mujer asumen la falta de forma diferente. Este ser-asumido-en-forma-diferente se da precisamente porque somos seres-en-el-mundo. No hace cada quien un mundo a la manera de Descartes, sino que nacemos 'sujetados' al orden significante. Lo simbólico es lo dado por el lenguaje y nos precede. Ya Antonieta Torres lo ha indicado como hipótesis: "la inscripción psíquica del cuerpo traza una diferencia substancial entre el hombre y la mujer; la mirada,

el tacto y la voz materna dirigida al infans, lleva la impronta de la diferencia radical de los sexos".⁷ Es decir, el mundo en el que ocurre tal inscripción es el mundo también del gran Otro, es el mundo donde está la madre, es el mundo de la metáfora paterna, es el mundo del Edipo, etcétera; es el mundo del orden simbólico, ya que en lo humano nada escapa de la significación, aunque no hay significación completa. Lo único fuera del mundo es lo real, a lo cual no hay acceso. Por ello entonces el mundo puede ser un *inter* como lo intermedio.

Ahora bien, ¿puede el mundo inter-mediar entre el hombre y la mujer? Como ya vimos el mundo por un lado impide la 'relación' hombre-mujer al ser inscritos en lo simbólico de manera radicalmente diferente, pero de igual manera gracias a la intermediación del mundo es que puede darse el encuentro hombre-mujer (en la castración, claro). Ambos solamente se pueden encontrar, dentro del mundo, como seres-en-el-mundo.

Pero aún permanece la pregunta de cómo es que hay algo in-mundo: lo real. En términos bastante simplistas podríamos decir que lo que no está en el mundo, no es, o paradójicamente es la *nada*. Aquí entra nuevamente Heidegger al escenario discursivo hablando de la nada como el "otro lado" del ser. Al relacionar ambos planteamientos, los de Lacan y los de Heidegger, más de un filósofo se rasgará las vestiduras, pero conviene recordar que Lacan retoma muchos elementos de la filosofía, en especial de Hegel y de Heidegger.

Heidegger se pregunta acerca del ser de lo que es (entes) y se admira de que hablemos del ser sin saber precisamente lo que hablamos. Si decimos, por ejemplo, que "esta mesa es" y comenzamos a quitarle características nos encontramos que al final nos queda "algo" que no sabemos qué es y esto es el 'es'. Es decir, nos queda *nada*. A partir del análisis acerca de la nada que este autor lleva a cabo en *¿Qué es metafísica?* y en *Introducción a la metafísica* es que puede llegar a plantear la importancia de la *nada*, de hecho en algún momento dirá que "existir significa estar sosteniéndose dentro de la nada".⁸ 'Existir' siempre se refiere al ser-humano. Se observa entonces la importancia de la negación y de la ausencia. Por su parte

⁷ Ma. Antonieta Torres Arias, *op. cit.*, p. 2.

⁸ Martin Heidegger, *¿Qué es metafísica?*, *op. cit.*, p. 97.

Lacan confiere también a estos elementos una importancia básica, principalmente a esto que 'no es' en el mundo, a lo real, lo cual, sobra decirlo, es la médula del inconsciente y esto a su vez es la base de su doctrina psicoanalítica.

III. Entre el hombre y el mundo hay un muro

Ahora llegamos al tercer *inter*, el cual es expresado como 'muro'.⁹ Un muro es una pared, es una estructura vertical que limita algo. Es decir, un muro pone límites. Poner límites es separar, es precisamente 'delimitar'. Pero ¿qué delimita este muro? Separa al hombre y al mundo. Pero ¿cómo es que se da tal separación si antes indicamos que el ser-humano es siempre ser en el mundo? ¿Es acaso en el mundo pero separado de éste?

Ya desde los griegos había surgido la admiración de la relación del ser-humano con el cosmos. Para un griego las cosas en el mundo aparecen, para mí, a partir de Descartes *me* aparecen. La palabra griega λογος, traducida como 'razón', 'palabra', etcétera, habla ya de otro modo de ver el mundo. La verdad misma era la presencia de algo des-cubierto, de lo des-oculto. Posteriormente verdad pasó a ser *adaequatio intellectus et rei*. Es decir, deja de ser manifestación y pasa a ser certeza. Aquí comienza entonces el alejamiento del mundo, comienza la construcción del muro, comienza a delimitarse el ámbito del ser-humano como sujeto que llegará a su clímax con Descartes y Kant, y a su vez se limita al mundo como objeto.

A partir de esta separación el muro se va 'agrandando' y el sujeto se va enorgulleciendo más y más de su ser-racional, de su ser-sujeto. No es sino hasta el siglo pasado cuando comienza a cuestionarse esta concepción y es así que aparecen las críticas de Marx, Nietzsche y Freud. Este último rompe ya con la idea de individuo y posteriormente Lacan hablará de un 'sujeto tachado'.

⁹ Se podría pensar que en este verso la mujer queda excluida, como lo ha sido a lo largo de la filosofía, pero ya indiqué antes que considero que el poema puede verse dialécticamente: tesis, antítesis, síntesis. En donde hay contrarios que se oponen, pero también se subsumen. De hecho puede verse también como la huella dejada, como la presencia de una ausencia, gracias a la cual el hombre puede enfrentarse al mundo.

El muro aún permanece y hoy podemos ver los resultados, baste mencionar el desastre en la ecología, el desconocer nuestra casa. Muchos de los ladrillos del muro han sido establecidos a partir de la ilusión de un saber absoluto, de un creer conocerse. Ya el mismo Sócrates cuestionaba esto. El psicoanálisis, creo yo, ha dado fuertes golpes a algunos ladrillos y el muro ahora ya tiene agujeros. Es, como diría una tesis reciente,¹⁰ una vuelta a la sabiduría. Es decir, lo que la filosofía misma busca es la sabiduría, baste recordar la clásica definición. Y la sabiduría no puede ser sólo lo dicho, tendría que ser lo no-dicho y esto es precisamente, a partir del psicoanálisis, lo que nos lleva a enfrentarnos a lo desconocido, a lo oculto. Nos lleva precisamente al goce, al deseo, al placer, a la castración... al amor.

Entre el hombre y el amor
Está la mujer
Entre el hombre y la mujer
Hay un mundo
Entre el hombre y el mundo
Hay un muro

¹⁰ Cf. Luis Tamayo, "El psicoanálisis: vuelta a la sabiduría", tesis de doctorado en filosofía, UNAM, 1993.